

Deseos de jade

GABRIEL QUESADA MORA
egogarnez@hotmail.com

*La soberbia de tu corazón te
engañó, a ti, que habitas en las
hendiduras de la roca, que pones
tu morada en las alturas, y dices
en tu corazón: “¿Quién me
precipitará por tierra?”.*
Abdías 3

I

No recuerdo bien cuándo fue la última vez que recibí una carta. Lo cierto es que esa lluviosa tarde a mediados de junio me llegó una. No había ninguna duda de que era para mí, la dirección era la correcta y en letras grandes estaba mi nombre. Quería leerla con tranquilidad, en la biblioteca. Puse sobre la cama todo lo que traía: un sobre manila con los exámenes finales de los alumnos de Historia Colonial, un disco que me había recomendado Andrés, *Piano Malango* del maestro Obregón, y un ejemplar de *La Busca* de Pío Baroja editado por su yerno Rafael Caro Raggio en 1920 y que –como demostraba la impronta azul de su sello– perteneció hacia finales de 1928 a J. Federico Lahman; ésta era una de esas joyas con las que de cuando en cuando uno puede tropezar si escudriña los rincones de las compraventas de Coto y El Erial.

Cuando entré en la biblioteca el reloj de la pared marcaba las cinco de la tarde, dejé un momento la taza de chocolate sobre el escritorio y fui al equipo de sonido, tenía ganas de escuchar la Cuarta Sinfonía de Beethoven. El sol ya caía presuroso y yo en la tranquilidad de mi casa me dispuse a leer la carta:

San José, Costa Rica
17 de junio de 2011

Estimado don Pedro Álvarez:

Lo espero este martes 21 de junio a las 5:17pm, en Barrio Escalante, 100 m oeste de la Iglesia de Santa Teresita, casa número 5. Si está pensando que esto es una simple jugarrera, créame que no... mire esa paloma que en este mismo instante se ha estrellado contra la ventana que tiene usted enfrente, mire el libro de Pío Baroja que acaba de comprar y que por cierto le falta la página 86... Haga lo que le indico y ya verá los resultados de su deseo. Hoy por la noche no deje de corregir ese par de poemas que tiene guardados en la gaveta izquierda del escritorio, en particular me gustó mucho ese que tituló "Ausencia".

PD: será mejor que traiga un abrigo, hará mucho frío en la tarde. Casi se me olvida alabar su buen gusto musical... El segundo movimiento de la Cuarta Sinfonía de Beethoven es magnífico, a mí me pone los pelos de punta, ¿a usted no?

Saludos,

Xochitl.

De esta manera supe que no tenía que comprometerme para el martes. Me levanté con cautela y me acerqué a la ventana, la pobre paloma estaba allí muerta en el jardín, fui a mi cuarto y cogí el libro, mis ojos confirmaron la anunciada ausencia de la página 86. Volví a la biblioteca, me recosté de nuevo en el sillón, tenía hambre y de inmediato llamé al Maná para que me enviaran una lasaña y un par de cervezas. Antes de dormir, saqué la libreta amarilla donde solía escribir poemas, me di a la tarea de revisarlos, cuesta tanto deshacerse de las palabras, al principio le parece a uno que todo está en su debido lugar, después empiezan a sobrar los adjetivos y las imágenes no son tan contundentes. Trabajé casi una hora hasta que caí en el imperio del sueño.

II

Era una gran mariposa morfo azul. Pedro la siguió por entre los árboles hasta que se detuvo en el interior de una pequeña gruta. Afuera comenzaba a llover con más intensidad. La mariposa vino a posarse sobre su brazo izquierdo. Era el momento justo: la acercó con cuidado y le dijo en voz baja su deseo. Entonces una inmensa bandada de mariposas de cientos de colores salió desde el interior de la gruta, por el sendero del arco iris se remontaron hasta el cielo y se perdieron entre las nubes. Desde entonces Pedro no volvió a ver las estrellas colgando arriba, intuyó que se habían disgustado con él porque en el fondo sabía que su deseo significaba también dominarlas.

III

Había llegado con cinco minutos de anticipación; como no sabía a quién dirigirme resolví llamar en voz alta a la puerta —¡Buenas tardes, soy Pedro Álvarez!

No recibí respuesta. Comprobé que el portón estaba cerrado y la reja era demasiado alta como para animarme a remontarla. Estaba ya un poco impaciente, me asomé a las casas de al lado para ver si algún vecino podía darme razón de la persona a quien buscaba, no encontré a nadie, volví entonces frente a la casa, no había pasado un minuto cuando el portón empezó a emitir un fuerte chirrido, parecía como si hubiera despertado de un letargo inmemorial, como si sus engranajes estuvieran rectificando su posición original. Después de tal operación, el portón se entreabrió un poco, miré mi reloj, era la hora preestablecida. Por fin estaba frente a la puerta, di por un hecho que ya se habían enterado de mi presencia, giré la perilla de la puerta y esta cedió sin mayor novedad, avancé un par de metros hacia el vestíbulo, detrás de mí la puerta se cerró despacio. Continué avanzando, había tenues luces en todas las estancias, todo parecía estar en su sitio, la casa con todo era cómoda, había un gusto exquisito en la disposición de los muebles, el color de las cortinas, las alfombras y el piso, era una casa para mostrar.

Desde la habitación más alejada escuché un leve sonido, conforme me acerqué la música fue más clara, hasta que no tuve la menor duda, era Beethoven, el II movimiento de la IV Sinfonía... pensé entonces que ella estaba allí, aligeré el paso y entré, era una inmensa biblioteca como nunca antes había visto, pero estaba desierta. Rebusqué en cada metro cuadrado, lo que me iba encontrando eran apenas rastros de que hacía poco alguien había estado allí: el sonido de la grabadora rebobinando un casete, un sudoku a medio resolver, la cera tibia de una candela recién consumida, lo único contundente era el fuego ardiente de los leños y las brasas en la chimenea. Esto era todo, apenas indicios de una presencia.

Allí en la biblioteca me puse a observar varios objetos, aquí un reloj de péndulo antiquísimo, allá una miniatura del grito de Munch, más acá una colección de grabados de Max Jiménez, al lado unos discos de entrevistas a Borges, Cortázar, Onetti, Carpentier, Rulfo, Cela y tantos otros. Ya estaba escudriñando todo esto cuando escuché una voz clara que decía mi nombre. La voz provenía del fuego, pensé con agrado que sin duda sería la voz de la mujer que me había enviado la carta, me senté en el suelo y abrí mis oídos mientras buscaba con la mirada algún rostro ardiente entre las llamas:

Sobre las alas de papalotl me ha llegado tu más profundo anhelo. Desde hoy tendrás lo que has deseado: serás inmortal, de aquí en adelante tendrás el tiempo infinito para leer, investigar, pintar... Serás la criatura que más conoce el mundo terrenal, los años no marchitarán tu rostro, estarás siempre en toda tu potencia para ti. Esta es tu casa, tu verde eternidad deseada, desde aquí levantarás tu torre, nada de la cultura humana te será ajeno, aquí están todos los libros, las pinturas, las películas, las esculturas, tienes los días y las noches como estrellas para conocer los tesoros de las incontables galerías de esta casa que es el Universo. Las huellas de tu camino anterior se han borrado, ya no eres del tiempo ni de la muerte. ¡Gózate en el eterno presente de tu deseo! La papalotl que me enviaste será la única compañía que tendrás, inmortal como tú seguirá guardando tus secretos en sus alas, y cuando tus ojos vean la verdad vas a querer enviarla de nuevo...

Así fue el primer día de mi eternidad. En los primeros años llevaba el cómputo exacto de los días, pero ya después de 25 años desistí, además del tedio, no tenía mucho sentido contar lo incontable de la eternidad. El fuego sin consumirse sigue calentando la biblioteca. De lo que sí llevo registro es de los libros que he leído: más de 50 mil volúmenes han sostenido mis manos, y los he escogido uno a uno, de galerías distintas en los momentos en que como explorador de tierras vírgenes me he echado a andar por la casa, nunca me he perdido porque cuando deseo regresar a la biblioteca y al fuego, me basta con salir al pasillo y elegir la puerta que tiene en el dintel grabada una mariposa azul.

IV

Todo lo había conducido ahí donde estaba ahora: los tropiezos, los silencios, las palabras, el cansancio cotidiano... todo para llegar a su lugar, el único desde el cual podría según él comprender totalmente el mundo y dominarlo... Nunca pudo prever la geografía de su camino, cuando creía saber con calculada razón el fin y las implicaciones de cada asunto; de ahí a poco sus predicciones y conceptos se desmoronaban, en medio de tales escombros su rostro se impregnaba del polvo de su ingenua seguridad. No fueron pocas las recaídas, una, dos... recaída tras recaída su ser se iba transformando, en cada una miraba su pequeñez, se veía horriblemente caduco, limitado.

Durante un tiempo incontable estuvo suplicando a Xochitl que volviera su mirada de nuevo hacia él y que le dijera algo. Un día entre los días Xochitl, avivando el fuego con su voz, le dijo:

Has caminado sobre ti mismo, pobre esclavo de una perfección ilusoria. No has querido ver el límite de tus fuerzas, juegas a poseer el mundo y las conciencias y renunciaste al encuentro de los seres. Triste autoengaño del que nace tu angustia pesada, cuna del imperio nefasto de tu inmensa soledad.

Hoy ha llegado el día en que la verdad se te ha mostrado clara y simple: ¡No eres un dios!

¿Qué será de ti en este día? ¿Seguirás inflamado en tu errada necesidad? ¿Serás libre al fin? ¿Podrás ser un hombre nuevo con los pies sobre la tierra de los tuyos?

V

El caballo corrió debocado por el camino, llevándose entre las patas al Adelantado Pedro de Alvarado. Hombre y caballo rodaron varios metros hasta caer en el fondo de un arroyo. El pecho del conquistador se hizo pedazos. Al quinto día de guardar cama don Pedro abrió los ojos. Lo primero que vio fue un sinnúmero de mariposas azules que iban y venían en la habitación. El Adelantado preguntó que de dónde habían salido esos animales. Don Luis de Castilla le dijo que los indios la noche anterior habían encendido una gran hoguera en una colina cercana,

la luz había atraído a tal cantidad de mariposas azules que desde entonces todo el lugar estaba infestado.

El Adelantado hizo ademán de vestirse para salir al campo, se incorporó sobre la cama y vio que todos le veían con asombro. Miró la figura de una mariposa tatuada en su pecho, supo entonces que estaba pagando en su carne el alto precio de un orgullo de más de cuatro siglos después, ahí en Noschistlán vería por última vez la tierra. Ahora que deseaba reunirse con su familia, una selva húmeda, peñascos, ríos, lluvias interminables y el asedio de los indios le impedían ver en el fin de su tiempo a su esposa Beatriz de la Cueva –la sin ventura– que moriría también acompañada de mariposas en la madrugada del 11 de setiembre de 1541.

Sufragio en las aguas

GABRIEL QUESADA MORA
egogarnez@hotmail.com

*Sangre resbalada gime
muda canción de serpiente.
Señores guardias civiles:
aquí pasó lo de siempre.
Han muerto cuatro romanos
y cinco cartagineses.
Federico García Lorca*

- **E**stos malditos no se van a salir con las suyas, Matías. Ya verás cómo me las pagan todas juntas. Desde que se hicieron comunistas en el cuarenta y dos no han dejado pasar una para joderme. Pero a todos les llega su hora y la de ellos está ya cumplida.

—Sí, don Fernando, ya van seis años enteros aguantándose los. Le han hecho la vida imposible desde el sindicato.

—Todo este tiempo me han tratado de meter miedo con el cuento ese de las garantías y los derechos. Con que tienen amigos diputados que pueden pedir una inspección en mis tierras para ver cómo están los peones. ¡Nadie tiene por qué venir a decirme cómo debo administrar mi hacienda! Pero ya se les acabó la fiesta.

El imperio de la noche ya se imponía en el horizonte. El reloj de pared anunciaba las seis de la tarde. Se daba por concluida la jornada electoral, ni el mismo presidente de la República tenía ya las facultades legales para poder votar. Se abrieron las urnas y se inició el conteo de los votos. El resultado era el deseado por unos y el temido por otros: en San Isidro de los Mojones perdían los comunistas por 30 votos.

—Escuche, don Fernando, las bombetas.

—Ya las oigo, y vea ese montón de colores. Buenas bombetas se fueron a conseguir los condenados Retana. Vea por la ventana qué contentera se tienen estos otros.

A la capital se envió por telégrafo el resultado preliminar. Ahora había que trasladar los sacos con las papeletas hasta Santiago. Serían dos horas a caballo.

—Vamos, Matías, que ya nos está llamando Pepe para escoltar los sacos.

—Llevá bien cargada la pistola, ya sabés las mañas de estos comunistas. Mejor andar siempre un paso adelante, uno nunca sabe. A lo mejor no se conforman con el resultado y nos juegan sucio otra vez.

—Bien cargada la llevo, hasta el tope de balas.

—Los demás nos esperan adelante, en el Cruce de San Juan.

Llevaban poco más de una hora de haber salido. La noche estaba fresca y la luna derramaba gotas de su luz por el camino. Los dos hombres del Tribunal Nacional Electoral eran viejos deudores de don Fernando. Estaban de su lado con la promesa de ver cancelados sus préstamos. Don Felipe y Roberto, los representantes comunistas, iban en silencio, hablándose con los ojos, escrutando de cuando en cuando el camino pedregoso y los potreros que se extendían a los lados.

—Mire, vienen allá por el Cruce unos bultos a caballo —dijo don Felipe.

—Deben de ser algunos peones nuevos de los que Herrera mandó traer para dar abasto con el gran trabajo de limpiar el cerro para sembrarlo de café —respondió don Fernando.

—Seguro vienen a esta hora por las elecciones —dijo Matías.

—Señores, apuremos el paso de las bestias, que mejor será para todos llegar con tiempo a Santiago y encontrar lugar donde dormir —afirmó Roberto.

Eran diez hombres. Con un revólver en la cintura cada uno y cinco con una ametralladora Niehausen. Eran los mercenarios refuerzos que don Fernando había convenido desde hace más de un mes con don Tavivez. Sin decir palabra se unieron al grupo, rodeándolo por todas partes. En medio estaban los comunistas y los sacos electorales. Poco después estaban descendiendo hacia el arroyo. Era inútil pegar algún silbido para avisar a los otros que eran muchos y

bien armados. Y los dos machetes poco podrían hacer con tanta bala esperando a llenar los cuerpos con muerte.

—Que no es tonto el don Fernando —dijo Felipe al rato— bien guardado se lo tenía.

—Ya ve, don Felipe, no está de más una manita extra para que todo salga como debió salir desde el principio. No se asuste, que si no hacen ninguna tontera no deben tener miedo. Pero si más adelante nos tienen tendida la cama, ya veremos quiénes son los que no se levantarán mañana para ver el sol.

Después de esto se detuvieron un momento y les ataron las manos a los dos hombres, los amordazaron y les vendaron los ojos, luego los amarraron con fuerza a las monturas de los caballos. De nuevo puestos en medio del grupo reanudaron el camino. En efecto, en el río los esperaban los mal armados comunistas. Eran cinco. Aunque vieron el grupo numeroso no huyeron, se quedaron ahí plantados, dándole palos al miedo que por dentro se los comía. Tal vez con la palabra podrían hacer algo por sus camaradas que venían mudos en medio de la muerte.

—¿Ahora qué piensas hacer Arturo?— le dijo don Fernando al hombre que de pie lo miraba con odio. Lo que es aquí en San Isidro ya se les acabó el juego de estos años. Ahora nos toca a nosotros, y desde hoy empezaremos a enderezar lo que ustedes han torcido.

—Hablemos don Fernando. Tal vez podamos llegar a algún acuerdo.

—¿No te ves dónde es que estás? No hay nada que hablar. Además vienen todos ustedes armados, aunque mal, pero armados. Y aquí llevamos en los sacos la voluntad de los ciudadanos. Lo que ustedes quieren es que se declare fraude. Pero bien mal les irá, porque ahora no hay diputadito que los defienda ni garantías sociales que los apadrine.

Los ánimos estaban exaltados. Los mercenarios rodearon a los cinco hombres, los desarmaron y les vendaron los ojos. Bajaron de sus caballos a los otros dos. Los reunieron un momento y don Fernando les dijo:

—Ahora sí que se va a hacer en sus carnes mi voluntad, ¡desgraciados comunistas! Aquí donde empieza mi hora termina la de ustedes, ¡perros muertos de hambre!

— ¡Qué palabras las tuyas! —dijo Arturo con claridad— Usted lo que quiere es vengarse de nosotros porque no lo hemos dejado hacer en el pueblo lo que le dé la gana.

—Mal que le pese, Arturo, ¡véase ya casi besando la tierra que le abrirá sus entrañas! Escuche esta agua que se llevará su sangre podrida, ¡escúchela! Tan mudo quedará para siempre como estas piedras.

Los llevaron a la orilla del riachuelo, de rodillas en el agua. Los hombres caminaron hacia la orilla opuesta. El silencio de la noche se desgarró al calor de las balas asesinas. Luego fue acomodar los cuerpos, disparar las malas armas de los muertos, montar buenamente la escena para la primicia fotográfica de los diarios.

—Aquí, señor presidente, hace tres años defendimos sus votos. ¿Recuerda la noticia de la emboscada de los comunistas?

—Lo recuerdo bien, don Fernando.

–Las locuras que llegan a hacer algunos por no querer soltar el poder. Tanto se engolosinaron con el puesto y el querer ser obedecidos por todos que se les nubló la cabeza y ya ve usted cómo están ahora: bien muertos y olvidados.